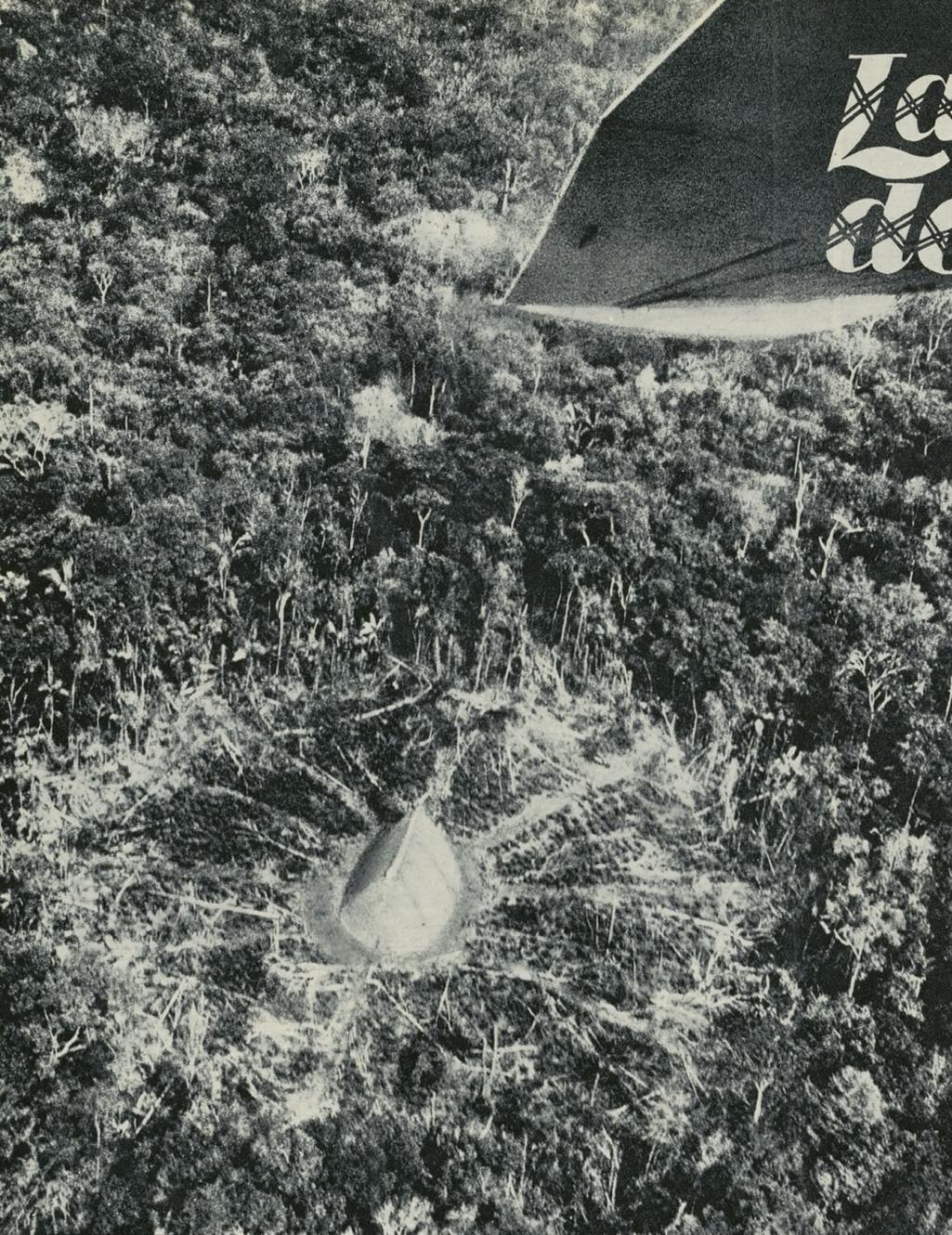


La última de indios

raza bravos



Vivienda comunal de indios motilones, en la región selvática, próxima al lago Maracaibo, vista desde un avión.



El campamento misional «Los ángeles de Jukoku» es el más próximo—14 kilómetros—a la zona de los indios motilones.

MEDIANTE el avión, tenemos indios a la vista; mediante el helicóptero, tendremos indios en la mano.» Este es el programa y la profecía de Fray Cesáreo de Armellada para llegar a los motilones. A él le llaman «el Padre Indio», el alma de la campaña de pacificación de los indios bravos.

Hoy, como ayer, los misioneros están allí. Sus métodos evolucionaron con la técnica. Pero la esencia sigue siendo como entonces. Hoy se emplean el avión y el helicóptero para acercarse a los indígenas; ayer se llegaba a caballo.

Pero, ¿existen aún indios bravos, indios a los que la raza blanca no ha llegado a abordar ni a desbordar? Ahí están los motilones. Una raza más de las que existen en Venezuela. La única raza india con la cual no ha sido posible establecer contactos de inteligencia. La única raza agresiva que hoy subsiste en América.

Una de las últimas víctimas de su belicosidad fué un padre capuchino, Fray Primitivo. De él nos llegan, en pocas palabras, las escasas referencias que se poseen de los motilones:

«...sentí un golpe en el costado, y me vi con una flecha clavada en él. Miré a la derecha, donde hay una lomita como de tres metros, y vi dos indios altos, fornidos, pintarrajeados... Nuevamente los vi que volvían a coger las flechas y templar sus arcos, que apoyaban en el suelo, y entonces piqué espuelas al caballo y salí de carrera.»

Altos, fornidos, pintarrajeados... No se poseen muchas más referencias de los motilones. Nadie puede contar que haya visto de cerca a un motilón. Cuantos se internan en su selva, no regresan jamás.

Se sabe que en 1738 fué recogido un niño motilón por los misioneros españoles. Después desaparece su rastro.

En 1914, con ocasión de un ataque de los indios a los agricultores blancos, se capturaron algunos prisioneros. Pero no vivieron mucho: se negaron a tomar ningún alimento. Se dejaron morir de hambre. Y para apresurar su desaparición, los motilones capturados se arrancaban sus propias carnes a mordiscos.

En 1938 se recogió, detrás de unas matas, a un niño motilón, después de un ataque que éstos hicieron a los puestos petroleros. En circunstancias similares, en 1940, fué recogida una niña, a raíz de un ataque de los agricultores blancos a un bohío motilón. Ambos, niño y niña, viven hoy en Caracas.

Esos son los únicos casos ciertos que se conocen. Ellos continúan cerrándose a todo contacto con los blancos, realizando esporádicos ataques a los puestos petroleros limítrofes con su zona, o a las misiones capuchinas cercanas. Siguen flechando a cuantos extranjeros intentan penetrar en sus 18.000 km. cuadrados de dominio. Como unos auténticos, como unos infalsificables indios bravos.

El mismo año, 1738, en que fué recogido el primer niño motilón, se elaboró un reducido vocabulario de la raza. Lo compuso, nadie sabe por qué procedimiento, Fray Francisco de Catarroja. En 1694 se fundó la primera misión cerca de Maracaibo, y posteriormente esta misma misión capuchina se extendió por medio de distintas estaciones, hasta que en 1749 se llegó a 14 km. del primer bohío motilón, emplazando allí un nuevo puesto evangélico. Exactamente en el mismo lugar en que, después de haber estado interrumpido desde el año 1820 por las guerras de la independencia, se rehizo de nuevo hace cuatro años.

Por aquel vocabulario motilón—que es el mismo que utilizará Fray Cesáreo para aterrizar con su helicóptero entre los indios—conocemos, por ejemplo, que los «rubare» son los blancos. A los indios que no pertenecen a la misma raza motilona, se les llama «kiri-kiri». Y los «dobokubi» son ellos mismos, los motilones. El nombre de «motilón» se refiere al corte de sus cabellos. Ellos son motilones, pelones, y con este nombre los designaron siempre los españoles.

La campaña de acercamiento se ha realizado hasta ahora valiéndose de aviones, por iniciativa de Fray Cesáreo.

En un principio, las propias compañías petroleras impulsaron la campaña de pacificación, imaginada por Fray Cesáreo. Muchos petroleros habían caído bajo las flechas, nunca envenenadas, pero siempre certeras, de los motilones. Pero, sobre todo, el apoyo de las compañías fué concedido previendo los incalculables beneficios que podrían derivarse de la posibilidad de entrar

sin peligro en la espesa selva donde se cierran los «dobokubi».

Miles de hectáreas laborables, millones de metros cúbicos de maderas finas de barriles de petróleo... Y ni el Gobierno de Venezuela ni el de Colombia—en ambos países entra, aproximadamente por igual, el territorio motilón—permiten el empleo de la fuerza y de la violencia para intentar entrar en contacto con los indios.

Por ello las compañías petroleras aprovecharon el prestigio y la idea de Fray Cesáreo, pusieron aviones a su disposición, prepararon infinidad de regalos y concedieron crédito al «Padre Indio», que les hablaba con un verbo nuevo para ellos.

La idea de Fray Cesáreo poseía dos facetas: acercarse en avión sobre los terrenos motilones, llegando hasta los indios del interior, menos hostilizados que los que viven cerca de los territorios ocupados por los blancos; en segundo lugar, permitía un acercamiento pacífico por medio de regalos, sin el menor riesgo. «Dádivas que, antes peñas», es el lema empleado por el misionero católico en sus campañas. Y hasta ahora no sabemos de cierto si el lema responde a una realidad.

Se efectuó el primer vuelo utilizando un aparato de las compañías petroleras. Desde el avión se lanzaron a los «dobokubi» paquetes de amistad, con sal, herramientas y telas, que son los productos que los indios más deseaban. En cuantos ataques realizaron contra los blancos, buscaron las mismas cosas. En este primer vuelo se realizaron muchas fotografías, pero no se vió a ningún motilón. Se habían escondido en sus grandes chozas de palmera, de enormes dimensiones, construidas en los claros de la selva por ellos habitada. Los regalos no fueron recogidos.

En el segundo vuelo, los regalos seguían en su sitio,



Niña de raza motilona que fué recogida por los misioneros entre la maleza. Es una de las pocas fotografías, de individuos de esta raza, que se han logrado hasta ahora.

Y los indios tampoco se asomaron. Pero al tercero observó Fray Cesáreo desde su avión que los regalos habían desaparecido. En el cuarto vuelo, los indios seguían sin aparecer. Después de este vuelo, las compañías retiraron la fe en la empresa de Fray Cesáreo. Y también retiraron sus aviones. Pero Fray Cesáreo sí poseía la fe. Y se dirigió entonces al Ministerio de Defensa de Venezuela. Este le prestó los aviones, y desde ellos continuó sembrando de regalos la zona motilona. Regalos que él recogió en Venezuela a través de una campaña de publicidad.

Y así continuaron los vuelos. A partir del quinto vuelo, las mujeres de los «dobokubi», menos temerosas o más ambiciosas que sus maridos, salieron de sus chozas a la llegada del avión, agitando los brazos en demanda de nuevas telas. Algunas iban ya vestidas con los tejidos que en el primer vuelo se lanzaron. Y en los siguientes viajes se asomaron ya los niños y, más tarde, los hombres. Los pequeños motilones agitaban con alborozo los paracaídas.

Se llegó de esta forma a los treinta y ocho vuelos, sin más variación.

¿Y ahora? Se ha cumplido la primera etapa del plan trazado por Fray Cesáreo. Cuando se hayan allanado las últimas dificultades, el propio misionero descenderá en medio de los motilones con su helicóptero. Bajará desde el cielo, como sus regalos. En sus vuelos envió a los indios grandes carteles con dibujos en que se le representaba a él mismo, con sus barbas y flequillo negro y sus hábitos de capuchino. El es siempre partidario de hacer la aproximación final por el aire. Aparte de que los indios del interior son más pacíficos que los que guardan las fronteras motilonas, no podrían saber si las gentes que se aproximen por tierra son las mismas que les lanzaron los regalos desde el cielo. Posteriormente a los vuelos, agricultores blancos hicieron diversas incursiones agresivas internándose en selva motilona. ¿Cómo recibirán los indios a cualquier embajada que se les envíe por tierra?

Si en el próximo descenso de Fray Cesáreo entre ellos, con su helicóptero, se aproximan en actitud belicosa, el autogiro se elevará de nuevo. Y si los indios se acercan a los tripulantes en actitud pacífica, la última raza brava de todas las Américas quedará abierta a la civilización.

J A I M E
T O R N E R

Fray Cesáreo de Armellada, de la misión «Los ángeles de Jukoku».

